



EL PAPA PERONISTA*

*Por Roberto Bosca
Para Instituto Acton Argentina*

Las relaciones entre religión y política se reinventan permanentemente. Un ejemplo paradigmático es el mito, más concretamente el mito político. Desaparecido el líder venezolano Hugo Chávez¹, algunos rasgos típicos, partiendo del principal, la muerte trágica, comenzaron a conjuntarse para incoar la construcción de un futuro nuevo mito político. Del mismo modo lo fue en el pasado entre nosotros (y lo sigue siendo) la emblemática canonización política de Eva Perón, esta vez en versión masculina. Poco antes había fallecido también abruptamente, dejando un liderazgo vacante, otro integrante del *star-system* político argentino y latinoamericano: Néstor Kirchner, a quien el relato oficial le otorga un estatuto peculiar en el panteón populista².

Un hecho nuevo

El inédito advenimiento al solio pontificio del cardenal Jorge Mario Bergoglio, primer argentino y americano en esa titularidad, despertó una pluralidad de comentarios de las más diversas significaciones, también los referidos al rubro religioso-político. ¿Cuál sería el impacto político de la elección del papa Francisco sobre América Latina y en particular sobre Argentina?

El presente trabajo trata de situar histórica, cultural y teológicamente este hecho y también de esclarecer el pensamiento del antiguo obispo y nuevo papa, más precisamente en la dimensión política de la teología moral (constitutiva de la llamada doctrina social). En la medida en que éste en su más alta fase magisterial empieza recién a ser conocido, se trata sólo de un futurible y como tal sólo admite una aproximación conjetural a una realidad posible.

*Este trabajo constituye una versión corregida y aumentada de la Ponencia presentada en las III Jornadas de Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea y Países del Cono Sur, Grupo de Trabajo de Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea (RELIG-AR), Instituto Ravignani (Conicet/Uba) y Depto. de Ciencias Sociales (UNLu), 26-28-VI, 2013.

¹ Aunque en menor grado que en el peronismo, en el chavismo también aparecieron articulaciones entre elementos tales como mito y religión política. Cfr. María Eugenia TALAVERA, *Movilización de la dimensión religiosa en la Venezuela de Hugo Chávez*, ponencia en las III Jornadas de Religión y Sociedad en la Argentina Contemporánea y Países del Cono Sur, Bs. As., 26-28-VI-13.

² Sin embargo, aun cuando es prematuro trazar un juicio definitivo, el proceso de sacralización (a pesar de contar con el requisito principal para su conformación que es una vida truncada en la flor de la edad) parece haberse detenido en sus comienzos (concretamente en el estadio de heroicidad) y sólo el tiempo dirá la última palabra sobre su verdadera consistencia.



Aunque ese discurso sea naturalmente leído en una perspectiva propia de su naturaleza moral, su previsible impacto en la realidad política resulta insoslayable. Habida cuenta de esta trama así trenzada y vistas las nuevas circunstancias, algunas voces, en efecto, recordaron con un enfoque retrospectivo, la demoledora campaña anticomunista protagonizada por Juan Pablo II en su propio terruño polaco, que culminó con la implosión del socialismo real. No dejó de mencionarse, en tal sentido, la posible iniciación de una campaña pontificia, no ya solamente contra el gobierno kirchnerista encarnado ahora en su cónyuge supérstite y heredera de su legado político, sino aun sobre los regímenes populistas del continente.

Pero el caso es que, de otra parte, se comenzó a asignar al papa Francisco con mayor énfasis una identidad peronista. Especialmente en los estamentos políticos aun subsistentes del justicialismo histórico (y de modo particular en el llamado nacional-justicialismo) irrumpiría el previsible sintagma que con la impronta de un eslogan sentencia redondamente: “El papa es peronista”³.

La clericalización de la política

Religión y política han ido siempre de la mano una de otra, a veces fusionadas y a veces completamente separadas, pero siempre interactuando ambas en una infinita variedad de matices que imprimen sus propios claroscuros en la historia de la humanidad. Esta realidad también se expresa vivamente en la concreta historia argentina, aun cuando sólo en los últimos años la vida académica ha comenzado a tomar conciencia real de ella.

Su mutuo reflujo puede encontrarse en expresiones regalistas que son operativas aun en nuestros días, por ejemplo en la integración de la designación del ordinario castrense, y en expresiones clericales que presentan nuevas formas diversas a las del pasado, aunque se inspiran en la misma pretensión de captar el voto católico y que se concreta en la iniciativa de organizar estructuras partidarias que arbitren el monopolio político de los fieles cristianos, al menos de una parte de ellos.

Al trasluz del mismo nacimiento como nación independiente, la Argentina sufriría estas contingencias. El clero adoptó posturas a favor y en contra del hecho

³ El fenómeno obedece a distintas causas concurrentes, en primer lugar el clericalismo y específicamente la instrumentación política de la religión. Los argentinos no pueden sustraerse a las actitudes clericales: “Esperamos que el Papa, que es argentino, no dé una mano en esto” afirma un dirigente docente en conflicto gremial. Cfr. *Docentes bonaerenses volverían a la huelga*, en “La Nación”, 3-VII-13, 17.



fundante de la nueva nación⁴, pero en la primera junta de gobierno, repitiendo un dato de las Cortes de Cádiz, que contaron con su concurso entusiasta, el cura párroco de San Nicolás, Manuel Alberti aparece inequívocamente situado en un lugar prominente del nuevo orden revolucionario⁵.

A él seguirían nombres como Medrano, Oro, Castro Barros, Castañeda, Funes, Zavaleta, Gómez, Gorriti, los Agüero⁶ y un largo etcétera, y en la asamblea que declaró la independencia, los clérigos seculares y regulares constituyeron el estamento mayoritario, en una contingencia que sería la regla común de todas las independencias americanas, las cuales irrumpen en derredor del mítico año diez para consolidarse en la década siguiente⁷.

El clero peronista

Las relaciones de Perón con la Iglesia católica atravesaron periodos de bonanza y pacífica felicidad, pero también otros lapsos de una tremenda tensión, al punto de que su deriva en un proceso de creciente enfrentamiento cobró una dinámica propia independiente de la voluntad de las partes, que las llevaría a una pequeña guerra civil, dividiendo al país en dos mitades

Desde sus comienzos, el mismo fundador del justicialismo se aplicó a anunciar que el nuevo movimiento político estaba inspirado en las encíclicas sociales (entonces reducidas a *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*) e incluso puede sostenerse que junto con el laborismo y el nacionalismo (católico), la doctrina social de la Iglesia sería una de las vertientes o fuentes nutricias en materia ideológica o doctrinaria del peronismo.

⁴ La figura opositora principal al nuevo orden patriótico fue el obispo porteño Lué, pero también hubo otros clérigos realistas como los diocesanos Orellana y Videla del Pino, de Córdoba y Salta, entonces las únicas diócesis locales.

⁵ Cfr. Godofredo KASPAR, *El presbítero Manuel M. Alberti, vocal de la Primera Junta*, en "Archivum", julio-noviembre de 1960, 435-465 y sobre Lué y su extraña muerte: Guillermo FURLONG, *Monseñor Lué antes y después de 1810* en "Archivum", julio-diciembre de 1960, 466-516 y Enrique Mario MAYOCHI, *Memorias de otros días en Buenos Aires 1536-2010*, Junta de Estudios Históricos de Belgrano, Bs. As., 2010, 43-44.

⁶ Cfr. Roberto DI STEFANO, *La revolución de las almas: religión y política en el Río de la Plata insurrecto (1806-1830)*, en Nancy CALVO-Roberto DI STEFANO-Klaus GALLO (Coord), "Los curas de la Revolución. Vidas de eclesiásticos en los orígenes de la Nación", Emecé, Bs. As., 2002, 13-34. También: Néstor T. AUZA, *La libertad y los teólogos de la Revolución de Mayo*, en "Revista del Profesional", junio 2004, 12-14 y *Los teólogos de la Revolución. Clero popular y clero ilustrado*, en "Teología", 104, abril 2011, 932 y Ludovico GARCIA DE LOYDI, *El clero porteño en el Cabildo Abierto del 22 de mayo*, en "Archivum", julio-diciembre 1960, 517 y ss.

⁷ En Colombia la constitución de la nación independiente repite un esquema similar: el gobierno supremo incluiría a Fray Diego Padilla y los nuevos gobernantes juraron "puesta la una mano sobre los Santos Evangelios y la otra formando la señal de la cruz, en la presencia de Jesucristo Crucificado", diciendo "Juramos por el Dios que existe en el Cielo, cuya imagen está presente y cuyas sagradas y adorables máximas contiene este libro, cumplir religiosamente la Constitución y la voluntad del pueblo" (...) y "derramar hasta la última gota de nuestra sangre por defender nuestra sagrada religión".



Sin embargo, distintos factores entre los que puede contabilizarse la pretensión por parte del poder político de ejercer un dominio sobre la estructura eclesiástica y una insuficiente percepción de la autonomía relativa de lo temporal por parte de esta última, determinaron que el factor religioso se constituyera en un martillo detonante de la Revolución Libertadora.

La presencia del clericalismo en la vida política local no ha sido menor que en la propia estructura eclesiástica. En el caso del justicialismo, ambas se conjugan en el diseño de un nuevo modelo clerical: el clero peronista.

En cierto modo puede considerarse que una porción apreciable del bajo clero fue en mayor o menor medida, afín, socio, o directamente peronista, al menos en sentido amplio o lato, sobre todo durante el primer doble mandato que conforma el periodo de gobierno (1946-1955), pero también después de la caída del régimen⁸. Esta actitud no fue ajena, aunque mas no sea por empatía, a buena parte de los propios obispos (cuya figura emblemática sería Nicolás de Carlo, primer obispo de Resistencia⁹).

Desde los mismos inicios del adveniente movimiento político, el peronismo adquiriría así una impronta clerical que se mantuvo intacta hasta que fue reemplazada por una sensibilidad de signo contrario, con el estallido del conflicto que enturbió las relaciones entre la Iglesia y el Estado y cuyo punto de ignición se localiza en noviembre de 1954.

Como una muestra de este interés religioso, el propio Perón se encargó de abrir una oficina *ad hoc* durante la campaña electoral que le llevaría a la presidencia de la nación, con el objeto de aceitar las relaciones con el mundo católico, y desde luego capturar su voluntad concretada en el voto. Aunque no constan datos fehacientes a este respecto, dicha labor le fue encomendada a José Macchioli, quien habría desarrollado una acción a tal efecto en relación al propio clero.

⁸ La fuerza de esta adhesión se vislumbra en el hecho de que destacadas figuras del clero ilustrado porteño como Gustavo Franceschi apoyaron a Perón en las elecciones de 1946, aunque ese entusiasmo inicial se fue desdibujando gradualmente hasta terminar en oposición. Cfr. Marcelo BARBERAN, *Testimonio sobre Monseñor Franceschi*, en "Esquiú", 3-II-91, 31-32. Un discurso del cardenal Caggiano a la asamblea diocesana de Acción Católica de Rosario prescribe como "un derecho y un deber de la Acción Católica Argentina, ante la sociedad civil, secundar al Excelentísimo señor Presidente de la Nación, General Perón en su Segundo Plan Quinquenal". Virgilio Filippo por su parte subraya: "Dice textualmente el Cardenal: 'Subid audazmente sobre el tren y tratad de dirigir la máquina'". Cfr. Virgilio FILIPPO, *Imperialismos y masonería*, Organización San José SRL, Bs.As., 1967, 110.

⁹ Nicolás de Carlo (1882-1951) fue nombrado obispo de Resistencia en 1940 por el papa Pío XII y debido a su labor pastoral de pronunciado acento social, en el año 1948 fue distinguido por el presidente Perón con la imposición de un pectoral y su presentación al cuerpo episcopal argentino como un paradigma ejemplar o modélico del obispo peronista.



Desde el comienzo del gobierno, Perón se ganó la simpatía de los católicos con una concreta medida de gobierno que produjo un gran impacto en la clerecía y que consistió en la ratificación por parte del congreso del decreto revolucionario que había impuesto la enseñanza de la religión en las escuelas públicas estatales, considerada un trofeo de guerra contra la masonería¹⁰.

La propuesta, sólo objetada por algunas voces aisladas como la de los sacerdotes Dunphy¹¹ y Luchía Puig¹² pero mayoritariamente aceptada como una carta de triunfo para los intereses institucionales de la Iglesia local, había tenido origen en el escritor nacionalista católico Gustavo Martínez Zuviría, a la sazón ministro de educación del régimen militar del cual el propio Perón era un alto jefe. El dato no es menor porque la revolución del 43 representa la base de lanzamiento del futuro líder de los trabajadores a la arena política, a partir de su promoción en el Departamento Nacional de Trabajo, desde donde construyó el entramado que le llevaría a la cúspide del poder político.

Otras actitudes similares y concordantes acompañaron a la deseada aspiración católica de la confesionalización de la enseñanza que precedería a la correlativa pretensión oficial de la peronización de la Iglesia, configurando el punto de dolor que fue la clave del conflicto.

El 8 de diciembre de 1948, fiesta de la Inmaculada Concepción, Perón dirigió una carta al papa Pío XII solicitando la declaración del año 1950 como un año mariano. En ella el presidente mencionaba que ésa había sido una iniciativa del Congreso Asuncionista Franciscano, del cual no sólo él mismo sino también su gabinete habían participado, y que asumía ahora como propia. Esta actitud comportaba en sí misma un cambio muy pronunciado respecto de las relaciones

¹⁰ Según Hernán Benítez, Pío XII felicitó a Perón por haber cortado de un plumazo “la racha de sesenta años de laicismo y ateísmo escolar”. Cfr. Hernán BENÍTEZ, *La aristocracia frente a la revolución*, Edición del autor, Bs. As., 1953, 376. Este interesantísimo ensayo muestra que las críticas de Benítez al catolicismo de su tiempo, aunque teñidas de un perfume justicialista, no dejan de ser muy auténticas y verdaderas, no obstante que en la jerarquía eclesiástica ellas gozaban como es lógico de una valoración negativa.

¹¹ José María Dunphy Harrington fue un irascible irlandés famoso por sus homilías fuertemente críticas de las demasías peronistas.

¹² El sacerdote asuncionista Agustín Luchía Puig, formado en la Universidad de Lovaina, fue fundador de la revista “Esquíú”, sucesora del diario “El Pueblo” Debido a su actitud antiperonista sufrió el exilio durante doce años. Cfr. Agustín LUCIA PUIG, *Medio siglo... y con sotana*, Difusión, Bs.As., 1959, 220 y ss. Otros curas conocidos como antiperonistas en el sentido de haber adoptado una postura pública de crítica fueron Carlos Gardella, Julio Meinvielle (para quien el peronismo habría evolucionado hacia una suerte de nacionalismo marxista), Carlos Cuchetti y Miguel De Andrea. En general el clero antiperonista estuvo vinculado a grupos de católicos liberales como los de “Orden Cristiano”.



entre lo religioso y lo político que dejaba de lado la tradición laicista impuesta en la vida política argentina desde fines del siglo anterior¹³.

No hace falta decir que estas medidas determinaron que en las estructuras eclesíásticas se percibiera un cambio favorable al gobierno no sólo en los laicos sino también en el clero, que de ese modo comenzó a adquirir una cierta impronta populista, expresada incluso teológicamente con una mayor intensidad con el correr de los años en la *Teología del Pueblo*, considerada una edición argentina de la *Teología de la liberación*¹⁴.

De este modo cierta parcialidad política de buena parte del clero se mantendría, con algunas modulaciones, en las décadas siguientes, para irrumpir nuevamente con fuerza en los sesenta, mediante el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). Aunque el MSTM constituye un colectivo clerical representativo de posturas diversas con respecto al peronismo, la mayoría de ellas asume una visión positiva sobre la base de su identificación con un socialismo humanista y latinoamericano.

Si bien Perón suscribía la opinión tradicional de que el sacerdocio debía conservar su lugar propio en la esfera religiosa, en el esquema corporativo peronista los curas tercermundistas se convirtieron de hecho en una suerte de rama religiosa del movimiento, junto a otros estamentos como las mujeres, los empresarios, los profesionales, los jóvenes y principalmente los sindicatos.

Perón tuvo una proximidad primero profesional con el clero castrense pero en particular con la orden franciscana, también con los mercedarios¹⁵, aunque los jesuitas no estuvieron ajenos a su entorno. Algunos clérigos de fuerte impronta política que ejerciendo distintas funciones participaron activamente en el peronismo, más concretamente en sus estructuras políticas, incluso en el gobierno y en el más alto nivel, son el jesuita Hernán Benítez, asesor y no confesor de Evita¹⁶, el

¹³ Perón siempre se confesó católico y un historiador protestante recuerda que en alguna ocasión el caudillo ha mencionado que cuando tuvo que dejar precipitadamente el país, entre sus maletas llevó una imagen de la "Virgen gaucha" que había coronado con Copello. Cfr. Santiago CANCLINI, *Los evangélicos en tiempo de Perón. Memorias de un pastor bautista sobre la libertad religiosa en la Argentina*, Mundo Hispano, Bs. As., 1972, 51. Sin embargo, según Hernán Benítez, Perón (contrariamente a Evita) tenía una cierta insensibilidad hacia la dimensión religiosa.

¹⁴ Cfr. Sebastián POLITI, *Teología del pueblo. Una propuesta argentina para Latinoamérica 1967-1975*, Guadalupe-Castañeda, Bs. As., 1992.

¹⁵ La proximidad espiritual con los franciscanos y mercedarios se expresa en su condición de terciario mercedario, según testimonio de su biógrafo más canónico. Evita también recibió el título honorífico de terciaria franciscana por parte de la orden.

¹⁶ Cfr. Marta CICHERO, *Hernán Benítez, el confesor de Evita*, en "Todo es Historia", 352, noviembre de 1996, 9 y ss y Norberto GALASSO, *Yo fui confesor de Eva Perón. Conversaciones con el Padre Hernán Benítez*, Homo Sapiens, Bs. As., 1999. A pesar de la afirmación del propio Benítez resulta más que dudoso que el sacerdote jesuita fuera propiamente el confesor de Evita, puesto que Evita difícilmente se



franciscano Fray Pedro Errecart (que no era sacerdote sino religioso no ordenado, pero promovió el segundo matrimonio canónico del líder¹⁷), el mercedario José Prato, adjunto eclesiástico de la presidencia (una suerte de capellán presidencial creado por el mismo Perón)¹⁸, los sacerdotes seculares Juan Sepich y Roberto Wilkinson, y sobre todo Virgilio Filippo, quien fue también adjunto eclesiástico y diputado nacional¹⁹, igual que otro sacerdote chaqueño, Pedro Armengol Roque Moya. En cambio Héctor Ponzó, quien le asistió en sus últimos tiempos, sólo habría tenido un papel institucional como capellán de los granaderos. Los curas tercermundistas fueron frecuentemente peronistas con una diversidad de matices cuya figura emblemática es Carlos Mugica²⁰.

El neocristianismo justicialista

Menos conocido que todos ellos es el sacerdote español Pedro Ruiz Badanelli, frustrado arquitecto de la iglesia nacional prefigurada en los tiempos más calientes de tensión entre lo religioso y lo político²¹. Todos estos curas peronistas pero

confesara: su religiosidad era la propia de la piedad popular. El mismo Perón ha ratificado esta hipótesis al afirmar que Evita no se confesaba con nadie. Más probablemente el (ex) jesuita sería su asesor espiritual (en un sentido lato) y un capellán de la Fundación, a algunos de cuyos miembros quizás en todo caso sí probablemente confesara. Entrevista telefónica con José María Castiñeira de Dios del 28-II-99.

¹⁷ Cfr. Juan Bautista MAGALDI, *Pedro Errecart, el fraile que casó a los Perón*, en "Todo es Historia", 365, diciembre de 1967.

¹⁸ El mercedario Elías Gómez y Domínguez tuvo también una proximidad espiritual en los años del exilio e intercedió para concretar el matrimonio canónico con su tercera esposa.

¹⁹ Virgilio Filippo (1896-1969) fue un peronista fanático imbuido de una ideología nacionalista-justicialista que vivió obsesionado por teorías conspirativas alrededor de la tradicional trilogía conformada por judíos, masonería y comunismo.

²⁰ Cfr. Gabriel SEISDEDOS, *Hasta los oídos de Dios. La historia de los Sacerdotes para el Tercer Mundo*, San Pablo, Bs. As., 1999. El sacerdote Carlos Mugica (1930-1974), debido a sus cualidades se constituyó en la cara mediática del colectivo y en tal sentido fue un exponente representativo del movimiento tercermundista. El vivió la opción por los pobres que es propia del espíritu cristiano como una elección política vehiculizada en el peronismo. En la misma línea de Benítez, puede conjeturarse que Mugica eligió su peronismo como una actitud de servicio al pueblo peronista o bien como un eco de la consigna que en su momento propuso "subid audazmente sobre el tren y tratad de dirigir la máquina", según la pretenciosa y gráfica expresión del cardenal Caggiano, aunque no con un objetivo propiamente político sino con un sentido apostólico de evangelizar al peronismo. Mugica se identificó con el peronismo en tanto éste encarnaba o representaba el corazón político del pueblo entendido en un sentido reductivo como la categoría de los pobres. Como Jesús, que predicaba entre prostitutas y pecadores, el clérigo tercermundista se trasfunde místicamente en el peronismo, que representa así su cristificación con el Cristo-pobre. Aunque él concede que la condición cristiana no requiere una necesaria opción por el peronismo, en los hechos su identificación movimientista-partidaria no puede dejar de ser señalada como una clásica expresión de clericalismo político, que no obstante le sería criticada no ya por la jerarquía eclesiástica sino incluso por sus propios compañeros tercermundistas. En este sentido, la mixtura político religiosa de Mugica puede ser calificada -más allá de sus justas intenciones-, como una instrumentación política de la fe cristiana. Cfr. Carlos MUGICA, *Peronismo y cristianismo*, Merlin, Bs.As., 1973; Martín DE BIASE, *Entre dos fuegos. Vida y asesinato del padre Mugica*, De la Flor, Bs. As., 1998, 140 y Araceli BELLOTA, *El cura de las villas*, en "Todo es Historia", 361, 8-26, especialmente 22. Los escritos de Mugica fueron recopilados en Jorge VERNAZZA (Comp.), *Carlos Mugica. Una vida para el pueblo*, Lohlé-Lumen, Bs.As., 1996.

²¹ Debe agregarse que como producto de la mentalidad regalista de los políticos latinoamericanos, el caso no es ciertamente un hecho aislado y ejemplifica el anticlericalismo clericalista. Una somera enunciación de datos de los que dan cuenta las historias de la Iglesia católica en el continente puede dar una idea de



en particular Badanelli constituyen ejemplos ya en los años cuarenta y cincuenta del acendrado clericalismo del régimen, cuyo parangón puede situarse en otros incluso autoritarios como el de Oliveira Salazar o el nacional-catolicismo del generalísimo Franco²².

Ruiz Badanelli²³, un pintoresco personaje de temperamento apasionado y extravagante, asume durante el periodo de esplendor del régimen la ideología oficial que trataba de diseñar una versión justicialista del cristianismo, y tras su caída concreta, también a su modo la pretensión -que el régimen no había podido concluir- de un confuso y difuso proyecto de iglesia nacional²⁴.

El intento de un neocristianismo justicialista que representa una forma de temporalismo o una reinterpretación de la fe religiosa en clave política fue interrumpido en forma embrionaria por imperio de la Revolución Libertadora, aunque de algún modo se convierte en real mediante la *Iglesia Católica Apostólica Argentina*²⁵ donde Badanelli es consagrado primer obispo justicialista y cuyo escudo episcopal exhibe la leyenda “Paz y justicia justicialista”.

La guerra entre Perón y la Iglesia fue el producto del choque de dos comportamientos abusivos (clericales) de la mutua autonomía entre la religión y la política. Ambas opuestas sensibilidades mutuamente excluyentes se encarnan por una parte en el neogalicismo peronista y por la otra en el arcaico clericalismo eclesial propio del estadio histórico que precedió al Concilio Vaticano II y su formulación de la autonomía relativa de lo temporal que representa precisamente una superación

lo dicho. El general Calles intentó crear infructuosamente una iglesia cismática en México y el sueño de todos los extremistas latinoamericanos fue una iglesia nacional separada de Roma. Podrían darse muchos otros ejemplos, uno de los principales el de Guzmán Blanco en Venezuela. El doctor Francia, autotitulado “Dictador Supremo”, se convirtió en un verdadero papa paraguayo. Bernardino Rivadavia a su vez encarnó esta aspiración en el Río de la Plata, siendo secundado por varios clérigos locales, que sin embargo nunca rompieron con Roma. Cfr. Jean MEYER, *Historia de los cristianos en América Latina siglos XIX y XX*, Vuelta, México, 1989, 232, 61, 66-67, etc.

²² Como casi la totalidad del clero español, Badanelli era franquista. Badanelli reclamaba para Franco “perpetua gratitud imborrable”. Cfr. Carlos PIÑEIRO IÑIGUEZ, *Perón. La construcción de un ideario*, Ariel, ed. revisada y aumentada, Bs.As., 2013, 117.

²³ Cfr. José Carlos GARCIA RODRIGUEZ, *Pedro Badanelli. La sotana española de Perón*, Akkron, León, 2008.

²⁴ En la *Carta Pastoral del Venerable Episcopado denunciando la persecución religiosa en la Argentina*, (Revista Eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires (EABA), julio-agosto-septiembre 1955, 217 y ss) los obispos señalan la pretensión del gobierno de sustituir a la Iglesia Católica por un “cristianismo auténtico”. Aunque en una obra justificativa de sus convicciones justicialistas y fuertemente crítica del episcopado, Badanelli niega esa pretensión hegemónica del peronismo sobre la Iglesia, y su propia vinculación con la iglesia católica cismática del obispo brasileño Carlos Duarte Costa, él fue posteriormente ordenado a su vez obispo en dicha iglesia (según una versión por Morizio y según otra por el mismo Duarte, luego canonizado como Sao Carlos do Brasil). Cfr. Pedro RUIZ BADANELLI, *Perón, La Iglesia y un cura*, 3ª ed. Tartessos, Valparaíso, 1959, 105 y ss.

²⁵ Durante la revolución mexicana hubo varios intentos cismáticos y en la presidencia de Plutarco Elías Calles, como se mencionó anteriormente, se había producido en México la secesión de la Iglesia Católica Apostólica Mexicana, una iglesia melliza de la Iglesia Católica Apostólica Argentina. Cfr. Mario RAMIREZ RANCAÑO, *El patriarca Pérez. La Iglesia católica apostólica mexicana*, UNAM, México DF, 2006.



doctrinal de ese mismo clericalismo²⁶. La combustión entre ambas líneas de fuerza constituyó el fruto del encuentro de dos polos positivo y negativo cuya mutua interacción produjo la radicalidad del conflicto. Pero la vida siguió su curso y felizmente, todo quedó como un mal recuerdo del pasado.

El papa Francisco

El periodo protagonizado por Jorge Bergoglio durante su arzobispado porteño no puede decirse que fuera borrascoso en materia de relaciones de la Iglesia católica con el poder político aunque sí mantuvo a ambos términos del eje en una tensión relativamente pronunciada como producto de una relación sordamente conflictiva.

Un breve análisis de ese pasado reciente y un esbozo de conjeturas sobre su pervivencia en este nuevo escenario histórico pueden ser intentadas como una manera de entender mejor un inquietante presente que ahora viven los argentinos y el mundo en relación a la actitud del nuevo titular del pontificado. No puede desconocerse que la elección de un argentino en un rango de esta dimensión ha revivido el rancio clericalismo de ámbito local (y no solamente peronista) expresado en la carrera desatada en la clase política por sacarse una foto con el papa.

Es verdad que la visión del pontífice es universal, pero no es menos cierto que no por ser papa alguien deba prescindir absolutamente de su pasado, y menos de un carácter tan constitutivo de la persona como su nacionalidad. Juan Pablo II es un ejemplo de cómo la asunción del pontificado en modo alguno dirime la nacionalidad: la romanidad no suprimió en él un ápice de su polonidad.

La proximidad adjudicada al cardenal Bergoglio con el peronismo se fundamenta en un hecho real que es su supuesta y mitificada relación con una peculiar estructura política del movimiento: *Guardia de Hierro*²⁷. A partir de los años sesenta esta organización adquirió un lugar propio en el marco de la Juventud Peronista, un tercerismo propiamente justicialista que equidistaba de las propuestas nacionalistas de la derecha (Comando de Organización (CdeO) y Concentración Nacional Universitaria (CNU)) tanto como de las extremidades radicales de la izquierda (Fuerzas Armadas Peronistas (FAR) y Montoneros).

²⁶ Cfr. Pedro Jesús LASANTA, *La Iglesia frente a las realidades temporales y el Estado: el juicio moral*, Eunsa, Pamplona, 1992, 46 y ss, 107-135 y 295 y ss.

²⁷ Cfr. Humberto CUCCHETTI, *Combatientes de Perón, herederos de Cristo. Peronismo, religión secular y organizaciones de cuadros*, Prometeo, Bs. As., 2010.



La ideología de Guardia de Hierro -a menudo categorizada erróneamente como de derecha²⁸- resulta difícil de caracterizar por cuanto reúne rasgos propios del origen o matriz de sus militantes que provenían tanto del nacionalismo como del trotskismo e incluso de anarquismo²⁹. El peronismo sería asumido por muchos de los guardianes con la radicalidad de una religión política.

Una búsqueda de la ortodoxia que se resumía en la estricta fidelidad al pensamiento del conductor del movimiento seguramente sea su rasgo más característico, o sea el muy peronista elemento del verticalismo, junto a un acento pronunciado en la profesión de la fe católica, al punto de que luego de su autoexterminio (un caso único en la política argentina) acontecido con la muerte de Perón, la institución sufriría una deriva mística en la fundación de una asociación de fieles donde se conjugan elementos políticos y religiosos: la Orden de María³⁰.

La misión de Guardia de Hierro fue vivida por una crecida cantidad de sus miembros, que sumaron varios millares, como una encarnación política de su propia fe y por lo tanto conformada ya desde su matriz tanto por elementos políticos como religiosos. Ellos veían en la política y en su militancia guardiana un instrumento para concretar el ideal cristiano del justicialismo como una nueva utopía. En tal sentido, la comunidad organizada³¹, que representa el lugar propio de la concepción justicialista de la vida social, sería interpretada así como una encarnación de la ciudad celeste agustiniana³².

Jorge Bergoglio -contrariamente a la versión circulante en el imaginario mediático y popular- no sólo no fue miembro de Guardia de Hierro sino que prescindió de cualquier militancia política en esta sociedad a la que el propio Perón adjudicó la misión de formación de cuadros políticos para el movimiento.

²⁸ Esta percepción de Guardia de Hierro obedece a diversos factores, no sólo al nombre sino a su alineación con la derechización del líder enfrentado a los Montoneros.

²⁹ Este último era el caso de Héctor Tristán, uno de sus fundadores.

³⁰ La Orden de María es según su estatuto canónico una asociación privada de fieles laicos. De acuerdo al Código de Derecho canónico, estas asociaciones pueden ser constituidas por los mismos fieles para fines congruentes con la misión de la Iglesia y no es necesario por lo tanto que sean creadas por la autoridad eclesiástica. En el ámbito local sólo se necesita la autorización del obispo.

³¹ Recibió ese nombre la presentación leída por Perón en el Congreso Nacional de Filosofía del año 1949, donde el conductor traza los fundamentos filosóficos de la doctrina justicialista. La Comunidad Organizada fue una biblia de Guardia de Hierro.

³² Entrevista con Humberto Podetti(10-IV-13). La filósofa Amelia Podetti, hermana de Humberto, fue una de las principales intelectuales de Guardia. Cfr. Alejandro TARRUELLA, *Sudamericana*, Bs. As., 2005, 170 y ss. Ver también: Amelia PODETTI, *Comentario a la introducción a la fenomenología del Espíritu*, Biblos, Bs. As., 2007. El prólogo pertenece a Jorge Mario Bergoglio. Sobre la comunidad organizada, según la sensibilidad guardiana, ver: Mario GARCIA, *La comunidad organizada: un sistema de poder*, en "Hechos e ideas", 2, enero-febrero 1974, 19-36 y Humberto PODETTI, *El derecho a pertenecer a una comunidad organizada según dos filósofos y un estadista*, en "Universidad Nacional de Cuyo 70 años", Ediunc, Mendoza, 2009, 83 y ss.



Tampoco sería Bergoglio alguien que podría caracterizarse como un cura peronista y su cercanía pastoral a los guardianes no debe confundir una acción apostólica con una actuación política³³. Como sacerdote, él asumió una opción preferencial por los pobres aunque sin otorgar a la misma un tono político y menos partidario. Tampoco suscribiría las tesis más radicales del liberacionismo donde se advierte una verdadera santificación del pobre y menos las ambiguas justificaciones de la violencia que fueron comunes en una porción del clero tercermundista.

La sensibilidad de Bergoglio, por lo tanto, no podría homologarse a los curas de la primera época del peronismo como el propio Benítez, que como él fue jesuita, ni tampoco con los curas tercermundistas de los años sesenta como Carlos Mugica, que se peronizaron, identificando cristianismo y peronismo. Esta actitud aparece sin embargo en el propio Perón.

Perón pensaba que el peronismo era el cristianismo original de Jesús que los hombres habían desoído y en los picos más ardientes del conflicto con la Iglesia algunos peronistas llegaron a pensar que el peronismo era superior al cristianismo. Mugica hereda la visión de Benítez sobre el peronismo como el verdadero cristianismo, un cristianismo de los pobres enfrentado al fariseísmo de la oligarquía comprendida no como una categoría política sino teológica³⁴. Para Benítez el cristianismo es el alma del justicialismo, sin el cual quedaría convertido en una caricatura de sí mismo.

Después del periodo proscriptivo se abría para el peronismo una nueva instancia política con vistas a su apremiante organización³⁵. La opción es también importante por comportar una exclusión de la lucha armada que constituía en el cuadro político de la época una verdadera tentación generacional.

Aun teniendo en cuenta esa autonomía, Bergoglio mantuvo sin embargo con la institución una estrecha relación e incluso una cierta amistad con algunos de sus miembros en la que se evidencia un carácter eminentemente pastoral³⁶. Fue una

³³ Aunque siendo jovencito parece haber evidenciado una simpatía por el peronismo incluso en el uso del escudito partidario, su ministerio sacerdotal no sufrió el influjo del clericalismo progresista propio de los sesenta: "Nunca le oí hablar de política" cuenta un contemporáneo que le conociera en sus años juveniles. Cfr. Mariano DE VEDIA, *Francisco. El Papa del pueblo*, Planeta, Bs. As., 2013, 31.

³⁴ La oligarquía fue convertida por Evita en una categoría intrínsecamente perversa, en una verdadera satanización del enemigo a quien podrían aplicarse las palabras evangélicas: *vayan, malditos*.

³⁵ Perón era consciente de que luego de finalizada la batalla el soldado debe convertirse en un trabajador para que el país pueda continuar con el curso de su vida normal. El problema es que una vez desatados los demonios de la violencia, ellos quedan dueños de la situación más allá de las buenas intenciones de los hombres.

³⁶ Entrevistas con Humberto Podetti y Alejandro Alvarez, cofundador de Guardia de Hierro y seguramente su figura más representativa (Entrevista del 24-IV-13).



situación profunda centrada en un servicio espiritual³⁷. No se podría considerar entonces que se tratara de un vínculo estrictamente político, del mismo modo que su proximidad con La Alameda³⁸ no puede interpretarse como una integración en su organización. Sin embargo, no sería completo este cuadro sin advertir que esa misma proximidad es también indicativa de una sensibilidad común, entendida como una identidad radicada en la vertiente socialcristiana del ideario justicialista³⁹.

La Iglesia de los pobres

El peronismo representa en el imaginario colectivo la religión política de los pobres. Resultaba así casi inevitable que el subrayado bergogliano de una *Iglesia de los pobres* asociara el sintagma religioso a su expresión política. Esta identificación aun no suficientemente conocida en todas y sus exactas dimensiones a pesar de que ya tiene sus buenos años de andadura, se ha prestado a ambigüedades y como producto de ella a una confusión, en parte debido a su origen, cuando fue acuñada en sentido reduccionista por las corrientes liberacionistas que serían objeto de una crítica por Juan Pablo II en un documento redactado por Joseph Ratzinger en su carácter de Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe del año 1984.

No ya en el interior sino incluso en el mismo nombre de este texto conocido por sus primeras palabras *Libertatis Nuntius* que es la “Instrucción sobre algunos aspectos de la Teología de la Liberación” se percibe claramente tanto el deseo del magisterio de desautorizar doctrinalmente sus errores tanto como de afirmar o legitimar la autenticidad de sus intuiciones y de sus contenidos.

Se puede conjeturar así que una depurada Teología de la liberación (con éste o con otro nombre) puede llegar a ocupar un lugar importante y en cierto modo puede decirse que hasta central en el nuevo pontificado. Esto significa que el Magisterio eclesiástico no formula propiamente en *Libertatis Nuntius* una condena de la teología de la liberación en sí misma considerada sino solamente unas críticas

³⁷ Entrevista con Humberto Podetti, citada.

³⁸ Cfr. Entrevistas con Facundo Lugo, miembro de La Alameda, mayo-junio 2013. La Alameda es una organización no gubernamental dedicada a combatir la trata de personas y la corrupción en la vida pública, a quien el cardenal jesuita prestó su protección.

³⁹ Puede concluirse que Bergoglio tiene una sensibilidad especial hacia el peronismo en el sentido de que, como muchos otros clérigos, él ha visto en los movimientos populistas latinoamericanos una expresión política de los pobres y en el peronismo una encarnación social de la fe. Sin embargo, y más allá de empatías personales, en el pensamiento de Bergoglio-Francisco no se encuentra una identificación entre el mensaje cristiano y el movimiento peronista al menos del mismo modo como lo plantearon otros clérigos como Hernán Benítez o Carlos Mugica e incluso su propio compañero de orden Ernesto López Rosas. Cfr. Ernesto LOPEZ ROSAS, *Valores cristianos del peronismo*, en la revista del “Centro de Investigaciones y Acción Social” (CIAS), 234, agosto 1975, 7-30.



puntuales a algunas de sus expresiones que adoptaron una hermenéutica marxista en la reflexión teológica⁴⁰.

Una segunda instrucción de los mismos autores titulada *Libertatis Conscientia* y dada a conocer dos años más tarde, realiza una síntesis expositiva de la doctrina cristiana como una auténtica Teología de la Liberación, constituyendo así una verdadera canonización de la Teología de la Liberación en el escenario ya no latinoamericano sino de la Iglesia universal.

En este sentido, el historiador Josep-Ignasi Saranyana de la Universidad de Navarra ha afirmado que *Libertatis Conscientia* constituye un verdadero tratado de teología de la liberación según la tradición católica. Por lo demás, el documento fue acogido con simpatía por casi todos los centros teológicos, incluso por la mayoría de los mismos teólogos de la liberación⁴¹.

También hay que aclarar que no existe una sola teología de la liberación sino muchas corrientes internas y que afirmar que ella está condenada por la Iglesia resulta una verdadera inexactitud debido en bastantes ocasiones a la ignorancia pero otras tantas a una verdadera manipulación de *Libertatis Nuntius* por parte de núcleos conservadores, tradicionalistas e integristas.

La afirmación de la centralidad de una, por así decir ortodoxa *Teología de la liberación* o de un modo más específico de la *Teología del Pueblo*⁴², se fundamenta en que Francisco expresa con un acento nuevo su premisa fundamental que es la *opción preferencial por los pobres*. Es éste un eje del nuevo pontificado.

Cabe puntualizar también que esta opción no exclusiva ni excluyente, tal y como la asumió -considerándola un legítimo aporte original de la teología latinoamericana- la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla

⁴⁰ Sin embargo, sería un grueso error desconocer los aportes fundamentales de la Teología de la liberación a la teología contemporánea, por ejemplo el subrayado de la opción por los pobres y de la dimensión política de la fe. El mismo Gutiérrez, padre de la teología de la liberación, reconoce que si bien Jesucristo no tuvo un proyecto mesiánico político-religioso, éste no fue tampoco completamente ajeno al mundo temporal y que la amputación de la dimensión política de la fe supone una verdadera traición al auténtico sentido del mensaje cristiano. Cfr. Gustavo GUTIERREZ, *Teología de la liberación. Perspectivas*, CEP, Lima, 1984, cap. XI, 261-311. Huelga decir que estos conceptos podrían suscribirlos sin reservas Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco y todo el magisterio eclesial. Las críticas a Gutiérrez no solamente aparecieron en ambientes conservadores sino en el mismo peronismo. Cfr. Ernesto LOPEZ ROSAS, *Teología de la liberación: su profundización a partir de la experiencia peronista*, en "Hechos e Ideas", 4, mayo-junio de 1974, y TERTULIANO, *Gustavo Gutiérrez, Teología de la liberación*, Salamanca, Editorial Sígueme, 1972 en "Hechos e Ideas", 2, enero-febrero 1974, 126-128.

⁴¹ Ver la tercera parte de Josep-Ignasi SARANYANA, *Breve historia de la Teología en América Latina*, BAC, Madrid, 2009.

⁴² Según sus sostenedores la *Teología del Pueblo* representaría también una teología liberacionista plenamente adaptada a la situación social y política argentina y latinoamericana, a diferencia de algunas versiones de esa misma corriente visiblemente influenciadas por una visión marxista y europeísta.



de los Angeles (México), en 1979 en continuidad con la anterior conferencia realizada en 1968 en Medellín (Colombia)⁴³.

Los obispos argentinos que ya habían planteado esa opción en el Documento de San Miguel(1969), volvieron a retomar la cuestión con motivo de las “Líneas Pastorales de la Nueva Evangelización” que en el año 1995 recogía el llamado formulado tres años antes a toda la Iglesia por Juan Pablo II con motivo del quinto centenario del descubrimiento de América. En este documento los obispos mencionan que el mismo Papa había recordado a los argentinos en Viedma que la evangelización sólo es auténtica si sigue las huellas del Cristo pobre que fue enviado a evangelizar a los pobres.

El papa Francisco abreva en esta tradición, de la que forma parte y con la que se encuentra genuinamente identificado. Sus gestos, más que sus palabras, han comenzado a ser elocuentes indicios de que su vida refleja fielmente la raíz evangélica de un amor preferencial por los pobres, tal como se recoge en *Libertatis Conscientia*⁴⁴.

La expresión *Iglesia de los Pobres*, en sentido estricto se origina en el mismo Concilio Vaticano II, y antes que él, en una célebre expresión del papa Juan XXIII. El cardenal Lercaro, padre conciliar, recogería este concepto para afirmar que él debía constituirse en el hilo conductor del propio Concilio Vaticano II. Puede trazarse la hipótesis de que en el nuevo pontificado podría llegar a tomar cuerpo una corriente argentina que se diferenció claramente de esas desviaciones doctrinales y que es hoy todavía escasamente percibida: la *Teología del Pueblo*⁴⁵, entre cuyos exponentes cabe mencionar a los teólogos Justino O’Farrell⁴⁶, Lucio Gera⁴⁷, Gerardo Farrell⁴⁸, Juan Carlos Scannone⁴⁹ y Rafael Tello⁵⁰.

⁴³ En línea con la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI que habló de la evangelización como un mensaje de liberación. Este texto del papa Montini fue la matriz de la conferencia episcopal latinoamericana de Puebla, que en cierto modo corrigió ciertas influencias de la teología radical ambiguamente expresadas en Medellín. Otros documentos magisteriales de Juan Pablo II como *Sollicitudo Rei Socialis* replantean el mismo tema desde distintas perspectivas.

⁴⁴ Cfr. CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Libertatis Conscientia*, II, 66 y ss.

⁴⁵ Cfr. Sebastian POLITI, *Teología del Pueblo*, cit., y también en su edición en “Nuevo Mundo”, 43-44, año 1992.

⁴⁶ Justino O’Farrell (1924-1981), sacerdote y sociólogo, fue integrante de las Cátedras Nacionales y decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Políticamente fue simpatizante de los Montoneros.

⁴⁷ Sobre Gera (1924-2012), cfr. Josep-Ignasi SARANYANA, *Breve historia de la Teología en América Latina*, citada, 312 y ss.

⁴⁸ Gerardo Farrell (1930-2000) fue obispo coadjutor de la diócesis de Quilmes y uno de los mejores expertos en doctrina social de la Iglesia en la Argentina.

⁴⁹ Scannone posee una nutrida bibliografía, especialmente artículos filosóficos y teológicos en *Stromata* y numerosas obras como *Teología de la liberación y doctrina social de la Iglesia*, Guadalupe-Cristiandad, Madrid-Bs.As., 1987.

⁵⁰ Sobre la teología telliana, cfr. Enrique Ciro BIANCHI, *Pobres en este mundo, ricos en la fe. La fe de los pobres de América Latina según Rafael Tello*, Agape, Bs. As., 2012.



Según Gera, la Teología del Pueblo valora la religiosidad popular⁵¹ y pone el acento en la categoría de “pueblo”⁵² (entendido en una perspectiva teológica), superando cierto elitismo común a las corrientes teológicas sobre todo europeas así como también un segundo enfoque que hace nacer del pueblo la autoridad en la Iglesia⁵³. También la Teología del Pueblo redirecciona la reflexión teológica hacia la evangelización de la cultura, siguiendo un camino trazado desde los primeros tiempos de su pontificado por Juan Pablo II bajo el concepto de inculturación de la fe⁵⁴.

La religiosidad popular, por esto mismo, adquiere en el nuevo pontificado una luz o un relieve especial de la mano de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, Brasil, 2007), que puede considerarse ya hoy como una carta de navegación del primado franciscano.

Finalmente, el advenimiento de Francisco señala también el desplazamiento del eje eurocéntrico hacia una perspectiva latinoamericana, teniendo en cuenta el peso específico de la Iglesia católica en los países de la región. Ello no supone naturalmente un abandono de la romanidad pero sí una visión podríamos decir tercermundista o desde la periferia. Con Francisco podría decirse que las iglesias católicas del área han llegado a su madurez.

En este sentido, cabe vislumbrar en el pensamiento pontificio los planteos de la patria grande latinoamericana que en perspectiva histórica, teológica y política han sido el legado intelectual de pensadores cristianos como Alberto Methol Ferré y Guzmán Carriquiry, entre tantos otros, que revelan una peculiar sintonía con el pensamiento bergogliano.

En el prólogo a una obra de este último, el cardenal Bergoglio escribió: “el destino de los pueblos latinoamericanos y el destino de la catolicidad están íntimamente vinculados”⁵⁵. Los próximos tiempos develarán esta hipótesis que abre una nueva instancia desde un lugar geográfico y cultural visto desde siempre como

⁵¹ Cfr. Aldo Rubén AMEIGEIRAS, *Religiosidad popular. Creencias religiosas populares en la sociedad argentina*, Universidad Nacional de General Sarmiento-Biblioteca Nacional, Bs. As., 2008.

⁵² Existe una abundantísima bibliografía, de la cual como muestra, puede verse Mario CASALLA, *Algunas precisiones en torno al concepto de pueblo*, en <http://es.scribd.com/doc/63549145/Mario-Casalla-Algunas-Precisiones-en-Torno-Al-Concepto-de-Pueblo> (Consulta del 31-V-13).

⁵³ Cfr. Rubén DRI, *La Iglesia que nace del pueblo. Crisis de la Iglesia de Cristiandad y surgimiento de la Iglesia Popular*, Nueva América, Bs.As., 1967. Se trata de una relación histórica en perspectiva liberacionista de la Iglesia católica en la Argentina durante el último medio siglo. Una visión crítica en Boaventura KLOPPENBURG, *Igreja Popular*, Agir, Río de Janeiro, 1983. Hay una edición castellana del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM).

⁵⁴ La *Teología del Pueblo* en alguna de sus expresiones evidencia todavía una cierta identificación con el peronismo que recorta su despliegue en el conjunto de los fieles cristianos, pero también constituye la esperanza de un nuevo lugar teológico que puede significar un fructuoso camino superador de las extremidades liberacionistas en el futuro de la teología no ya en América Latina sino a nivel de la Iglesia universal.

⁵⁵ Cfr. GUZMAN CARRIQUIRY, *Una apuesta por América Latina*, Sudamericana, Bs. As., 2005.



una irredenta tierra de promisión. Cuando Juan Pablo II lo llamó el “continente de la esperanza” algunos pensaron que había sido el fruto de un ingenuo optimismo y no de una santidad profética. El turno de Francisco se abre a hacer realidad ese nuevo mundo.